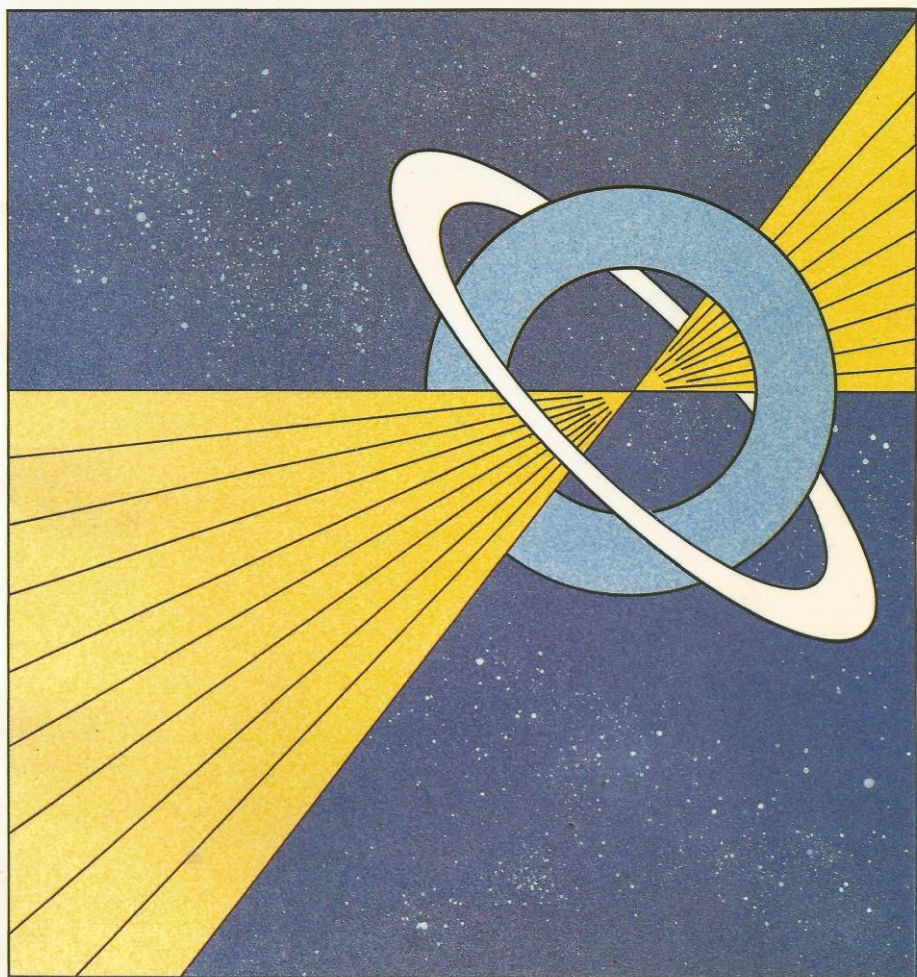




NO HAY ESPACIO VACIO



J. van Rijckenborgh

NO HAY ESPACIO VACIO

Reservados todos los derechos, incluidos los de traducción a otras lenguas. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma, sea por impresión, fotocopia, microfilme, etc., sin previa autorización escrita del Editor.

Depósito legal B-624187

ISBN 84-398-8601-2

Traducido del original en holandés:

ES IS GEEN LEDIGE RUIMTE

Editado por
Ediciones del Lectorium Rosicrucianum S.A.
Francisco de Ricci 7 28015 Madrid (España)

Copyright by Rozekruis Pers
Haarlem - Holanda

NO HAY ESPACIO VACIO
Jan van Rijckenborgh

Segunda edición
1992

Ediciones del Lectorium Rosicrucianum S.A.
MADRID - ESPAÑA

Prólogo

Los temas tratados en esta edición han sido tomados de las Conferencias que fueron dadas por el Lectorium Rosicrucianum en el año 1958 en el Centro de Conferencias ‘Renova’, en Holanda.

Con mirada visionaria, el Sr. Jan van Rijckenborgh transmitió una grandiosa imagen del cosmos, microcosmos y macrocosmos, y colocó muy encarecidamente a los oyentes ante la necesidad de una elección definitiva entre el camino de la muerte y el camino de la vida.

Así, muchos años más tarde, en un período en que la humanidad se esfuerza por conquistar el espacio, el contenido de estas alocuciones se ha vuelto aún más actual que en aquellos tiempos.

Nos alegra sobremanera el poder ofrecer en forma de libro estos artículos, hasta ahora publicados en revistas, a un círculo mayor de lectores.

Que esta edición pueda contribuir a que muchos buscadores descubran la Luz de la Verdad.

La Editorial

Las corrientes magnéticas

La fuerza de la gravedad y los fenómenos inherentes a ella son, en general, bien conocidos por todos. La actividad gravitatoria es debida al formidable poder magnético de nuestra Tierra; de hecho, nuestro planeta es un gigantesco imán. No sólo los polos, sino cada centímetro cuadrado de su superficie irradia este poder magnético.

Un imán posee dos propiedades características: atrae y repele. ¿Qué atrae y qué repele? Atrae objetos, cuerpos, corrientes y fuerzas que le son afines, que le son simpáticos, y repele todo lo que no es afín a él. Estas dos propiedades características del imán se distinguen claramente en el campo magnético de la Tierra. La corriente repelente es, al mismo tiempo, irradiante, por ello es la que manifiesta las cualidades del planeta. De esta forma, todo lo que está en relación armoniosa con estas cualidades es inhalado por la corriente atrayente.

El comportamiento antipático, por lo tanto, es solamente una de las propiedades de la corriente magnética irradiante del campo terrestre. Esta corriente se comporta

antipáticamente frente a fuerzas, cosas y estados que, por su naturaleza, son enemigos y perjudiciales para el planeta. Esta corriente vigila para que nada que no sea bueno pueda penetrar en él. La corriente antipática apoya así a la corriente atrayente: cuando la corriente antipática identifica a algo como enemigo o como dañino para el planeta, es decir, no bueno o discordante, entonces la corriente simpática no lo aceptará. Las leyes de simpatía y antipatía son, pues, leyes simplemente naturales, de suma importancia para el laboratorio de la naturaleza. No obstante, también pueden degenerar y volverse muy desagradables, dañinas y peligrosas. Si la desnaturalización supera ciertos límites, hasta la vida en la Tierra podría volverse imposible.

La corriente magnética irradiante es, lógicamente, aquélla que muestra las necesidades y menesteres del planeta, con el fin de que la corriente atrayente pueda recibir e inhalar del campo intercósmico los elementos necesarios. El campo magnético de la Tierra es, pues, un campo de respiración, con una manifiesta inhalación y exhalación.

Como sabemos, la Tierra y todo lo que vive en ella necesitan:

1. ° materiales sólidos, líquidos y gaseosos,
2. ° éteres, y
3. ° fluidos astrales.

Por otra parte, en concordancia con ello, la Tierra posee también tres cuerpos: la esfera material, la esfera etérica y la esfera astral.

El magnetismo terrestre se puede diferenciar de la misma manera. Tanto la corriente atrayente como la corriente irradiante poseen propiedades y vibraciones físicas, etéricas y astrales. Por ello, los tres cuerpos de la Tierra que hemos mencionado forman, en colaboración con esas corrientes magnéticas, un gran laboratorio químico, donde se fabrica, o transmuta para su utilización, todo lo que la

Tierra y sus olas de vida necesitan. Por consiguiente, un planeta se autoabastece en casi todos los aspectos.

La gran fuente de las fuerzas magnéticas terrestres se encuentra en el interior de la Tierra. Esta fuente es alimentada a su vez por el Sol, del cual deriva. Por esta razón, la Tierra puede ser considerada con justicia como “hija directa del Sol”.

Además, la Tierra es “la madre de todos nosotros”. Ella está polarizada de determinada manera, esto quiere decir que en el manantial magnético de la Tierra se encuentran dos puntos muy sensibles, conocidos en la superficie como los dos polos magnéticos. La posición del eje magnético de la Tierra y todos sus movimientos están determinados por el Sol, el cual rige todas las situaciones del sistema solar. De esta manera, todos los procesos magnéticos que tienen lugar en la Tierra y a su alrededor, así como los procesos químicos y todos los aspectos vitales, muestran una forma que les es propia, una configuración atómica propia y una polarización atómica especial, totalmente diferente de la de otros planetas de nuestro sistema solar. Por ello, cada planeta tiene un sistema magnético diferente.

Puesto que todos los planetas que conocemos son hijos del mismo Sol, es evidente que a pesar de sus diferencias existe un cercano parentesco, así como importantes intereses comunes, que deben ser recíprocamente respetados. El Sol, con todos sus hijos, forma una gran familia muy unida, en la que todos sus miembros trabajan juntos.

Es indispensable que expliquemos el mecanismo de toda esa cooperación, con el fin de que nadie se encuentre desprevenido ante los acontecimientos mundiales actuales y venideros, pues nuestra Tierra está siendo de nuevo un hijo de la familia solar que llena de grandes preocupaciones a los demás miembros de la familia.

Hemos indicado que en la Tierra hay dos corrientes

magnéticas, y hemos visto cuáles son sus funciones. Les hemos explicado además que la economía de la naturaleza es dirigida, guiada y ordenada por esas fuerzas magnéticas. Por lo tanto, alrededor de la Tierra hay un gran campo magnético, en el que se pueden reconocer las corrientes atrayentes y repelentes. Si ascendiésemos en espirales horizontales hasta los confines más alejados de este campo, descubriríamos que, en un momento dado, ambas corrientes pierden sus propiedades dinámicas específicas y pasan a una tranquila y calmada radiación vertical, más interiorizada, en la que ya no subsiste el proceso alquímico terrestre.

En esta zona magnética neutra, la Tierra muestra su verdadero rostro, su realidad resquebrajada. Con los demás planetas ocurre lo mismo. De esta manera, los diferentes planetas tienen un lugar de encuentro. En este campo, donde las corrientes magnéticas han llegado a la calma, se encuentran los hijos e hijas del Sol, y allí confluyen todos los resultados magnéticos de las entidades planetarias. A pesar de la diferencia en las fórmulas vibratorias y en la polarización de sus átomos, existen entre ellos muchos puntos e intereses comunes.

Por este campo surge un laboratorio alquímico intercósmico, una radiación intercósmica. Cuando los campos magnéticos han llegado al estado de reposo, se envían corrientes recíprocamente; la radiación de todos es puesta a disposición de cada uno, bajo la dirección del Padre. Muchas mitologías tienen su fundamento en la actividad de estas radiaciones excepcionales. También la enseñanza gnóstica acerca de los eones se apoya en ello.

Todavía existen otras influencias magnéticas verticales, aparte de las radiaciones magnéticas específicamente terrestres que, sin embargo, nunca son ‘forzantes’, a menos que la Tierra perturbase hasta tal punto su propio laboratorio, que los demás miembros de la familia se viesen obligados

a intervenir. El conjunto del sistema solar es una gigantesca y poderosa esfera, llena de diversidad y de numerosas particularidades planetarias. Todas las formas de vida planetaria se acoplan entre sí y dependen unas de otras.

Por ello, es científicamente cierto afirmar que las discordias, las luchas, las guerras y las experiencias atómicas que actualmente perturban la vida de la Tierra, provocan una perturbación en el seno de la gran familia solar. Las antiguas mitologías gnósticas lo ponen de manifiesto claramente en sus relatos sobre la lucha de los eones. En nuestro tiempo estamos confrontados corporalmente con los resultados de las experiencias atómicas, y apenas pasa un día sin que los diarios relaten las proezas científicas, la construcción y lanzamiento al espacio de nuevos cohetes y satélites artificiales, la construcción de ingenios interplanetarios, así como episodios del misterio de los platillos volantes, que aún está por esclarecer.

En la gran unidad macrocósmica —donde nuestra Tierra, en tanto que cosmos, es un miembro de la gran familia solar— el hombre es un microcosmos, un planeta en pequeño. Nuestro campo microcósmico y todo lo que se encuentra en él, inclusive nuestra personalidad, están en concordancia con el campo cósmico terrestre y, por lo tanto, con el campo macrocósmico solar. En muchos aspectos, somos hijos de la Tierra, y cada átomo de nuestro pequeño cuerpo celeste, e igualmente de nuestro microcosmos en forma de esfera, está polarizado con el campo magnético terrestre y por ello concuerda con él. Todos tenemos, pues, el máximo interés por todo lo que ocurre y se desarrolla alrededor de la Tierra y en su interior, en el laboratorio de la naturaleza y en el sistema solar, porque estamos estrechamente unidos a ello. Una perturbación del cosmos, nuestra Tierra, ocasiona una perturbación del macrocosmos, el sistema solar, y también una perturbación

en el microcosmos, nuestro cuerpo y sus aspectos, tanto densos como sutiles. Es así como los problemas de nuestra vida se explican siempre por procesos, desarrollos y conflictos magnéticos.

Nuestra 'Madre Tierra', en tanto que cosmos, es hija del Sol, pero el hombre, en tanto que microcosmos, también lo es. Los habitantes de todos los planetas de nuestro sistema solar son nuestros hermanos y hermanas, y lo que nosotros llamamos Gnosis es la verdad y la realidad de todo lo que, en la totalidad del sistema solar, es inherente a la más elevada idea divina.

Un hombre verdaderamente gnóstico ya no es un habitante de esta Tierra, sino del Sol. Con esto nos referimos al sistema solar como una unidad, como un cuerpo de la Tierra Santa, y a la unión magnética que dicho hombre —en tanto que microcosmos— mantiene con Dios y con su Plan. El proceso magnético gnóstico conduce a esta grandiosa y maravillosa meta.